

# LA FARAONA OCULTA

ABRAHAM JUÁREZ

# LA FARAONA OCULTA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: marzo de 2022

© Abraham Juárez, 2022  
© de la presente edición: Edhasa, 2022  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6402-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 4694-2022

Impreso en España

*A la memoria de mis padres.*  
*A mi esposa, por su paciencia durante el tiempo*  
*que no hemos compartido mientras yo escribía.*  
*A mi hijo, con orgullo de padre.*  
*A mi hermano.*  
*A los que leyeron el borrador de esta novela*  
*y no dudaron de que, algún día, vería la luz.*

## NOTA DEL AUTOR

Al haber coincidencia en los nombres del faraón Amenhotep III y su hijo, Amenhotep IV, se ha sustituido el de éste por Amenofis, su versión griega, hasta que pasa a ser conocido como Akhenatón (y así se llamará a partir de ese momento en el resto de la novela). El mismo criterio se ha utilizado en los topónimos de las ciudades antiguas, como Heliópolis, Menfis o Tebas.

Para facilitar la lectura, se ha sustituido el nombre de la tercera hija de Nefertiti, Ankhesepatón, por el de Ankhe.

## DRAMATIS PERSONAE

### PERSONAJES HISTÓRICOS

**Amenhotep III/Amenofis III:** faraón desde 1390 hasta 1353 a. C.

**Amenofis/Akhenatón (Amenhotep IV):** hijo de Amenhotep III. Faraón de 1353 a 1335 a. C.

**Ankhe (Ankhesepatón/Ankhesenamón):** tercera hija de Akhenatón y esposa de Tutankhamón, de quien era hermana.

**Ay:** visir durante los reinados de Amenhotep IV, Akhenatón, Semenejkara y Tutankhamón. Fue faraón entre el 1327 y el 1323 a. C., los últimos años de su vida.

**Bek:** jefe del taller de escultores del rey Akhenatón.

**Bekancos:** sumo sacerdote de Amón en Tebas, bajo el reinado de Akhenatón.

**Dahamunzu:** reina de Egipto todavía sin identificar. Podría tratarse de Nefertiti, Meritatón o Ankhesepatón.

**Giluhepa:** princesa mitania hermana del rey Tushratta.

**Horemheb:** general del ejército durante los reinados de Akhenatón, Tutankhamón y Ay. Último faraón (entre 1323-1295 a. C.), de la dinastía XVIII, tras la muerte de Ay.

**Kiya:** hermana de Akhenatón y madre de Tutankhamón.

**Mahu:** jefe de seguridad de Akhenatón

**Maya:** responsable del tesoro en los reinados de Tutankhamón, Ay y Horemheb.

**Meketatón:** segunda hija de Akhenatón y Nefertiti.

**Meritatón:** primera hija de Akhenatón (y futura esposa de Semenejkara) y Nefertiti. Tuvo una hija de Akhenatón, su propio padre.

**Mey:** comandante militar.

**Mutnedymet:** hija de Ay y hermana menor de Nefertiti.

**Nakhte:** visir de Akhenatón.

**Neferneferuatón-Tasherit:** cuarta hija de Akhenatón y Nefertiti.

**Neferneferura:** quinta hija de Akhenatón y Nefertiti.

**Nefertiti:** esposa de Akhenatón. Actuó como corregente entre los años 1338 y 1335 a. C.

**Panehesy:** sumo sacerdote de Atón, en Akhetatón.

**Pentú:** médico personal de Akhenatón.

**Peranefer:** copero real al servicio de Akhenatón.

**Ptahmose:** gran sacerdote de Amón durante el reinado de Amenhotep III.

**Ramosé:** visir de Akhenatón.

**Ranefer:** conductor del carro real de Akhenatón.

**Semenejkara:** personaje aún no identificado; posiblemente fuese un hermano de Akhenatón o, quizá, la propia Nefertiti.

**Shattiwaza:** rey de Mitanni (1349-1333 a. C.) e hijo de Tushratta.

**Setepenra:** sexta hija de Akhenatón y Nefertiti.

**Suppiluliuma:** rey hitita entre los años 1344-1322 a. C.

**Taduhepa:** princesa de Mitanni e hija de Tushratta.

**Teye:** esposa de Amenhotep III y hermana del consejero Ay.

**Tushratta:** rey de Mitanni entre 1380 y 1350 a. C.

**Tutankhatón:** faraón del 1335 al 1327 a. C.

**Tuthmés I:** faraón entre 1504 y 1492 a. C., primer rey que fue enterrado en el Valle de los Reyes.

**Tutmosis:** escultor, autor del busto de Nefertiti que se conserva en el Neues Museum de Berlín.

**Tutu:** jefe de la correspondencia de Akhenatón.

**Zannanza:** hijo de Suppiluliuma, rey de Hatti.

## PERSONAJES DE FICCIÓN

Abdelakrim: sirviente de Mehmed y de Nefertiti.

Atef: pescador.

Erectea: sirvienta de Nefertiti.

Haneb: instructor de Tutankhamón.

Hanif: sacerdote. Participa, con Ptahmose, en la conjura contra Akhenatón.

Imutes: médico.

Iniah: sirvienta de la princesa Teryshepa.

Inhamub: juez en Akhetatón.

Kalias: hijo de Parsímedes.

Matuser: pintor de la tumba de Tutankhamón.

Maura: partera de Kiya.

Mehmed: comerciante. Benefactor de Tutmosis y de su hermano Queb.

Menamún: hechicera.

Mererura: recaudador de impuestos y ladrón.

Meri: partera de Nefertiti.

Mirotas: emisario de Shattywaza.

Nebamón: capataz en la tumba de Tutankhamón.

Parsímedes: mercenario en el ejército egipcio.

Puti: hermano de Tutmosis.

Queb: hermano de Tutmosis, sacerdote.

Radamés: sacerdote enemigo de Ptahmose.

Teryshepa: princesa del reino de Mitanni.

Samis: sirviente de la princesa Teryshepa.

Setum: sacerdote.

Tetis: escultor y maestro de Tutmosis.

Zharco: general a las órdenes de Shattywaza.

# ORIENTE PRÓXIMO EN EL SIGLO XIV a. C.



## PRÓLOGO

Mi nombre es Tadesio. Nací en la isla de Creta y pertenezco a una familia poderosa, ya que mi padre fue un rico constructor de barcos en la ciudad de Cnosos. Yo, a su muerte, decidí no continuar con su oficio y destiné la fortuna heredada a viajar, empujado por la curiosidad de conocer las costumbres de otras tierras, así como las lenguas de sus habitantes. Después de un largo recorrido por los puertos de Anatolia, Siria y Líbano, desembarqué en Egipto. Allí conocí a un anciano escultor, de nombre Tutmosis, quien, días antes de morir, me contó una historia que atrajo irremediamente mi atención: en su juventud, había trabajado para varios miembros de la familia real egipcia y había llegado a conocer hasta a seis faraones, así como a varias reinas y príncipes. Yo siempre había creído que, tras la muerte del faraón Amenhotep III, el trono había pasado a manos de Horemheb, pero Tutmosis lo negaba, afirmando que entre ambos habían gobernado otros cuatro hombres, de cuyos nombres se había eliminado cualquier indicio para que nunca fuesen recordados por las generaciones venideras.

Me despertó la curiosidad y, a falta de otros asuntos en los que ocupar mi tiempo, quise comprobar que su historia no hubiese nacido de una fantasía o que fuese el fruto de alguna enajenación mental causada por su vejez. Durante mucho tiempo, busqué alguna prueba sobre la existencia de aquellos otros faraones, pero no encontré nada que lo pudiese confirmar. Aun así, fueron tantos los pequeños detalles a los que hizo referencia que debo pensar que sí puede haber algo de cierto en su narración.

Ignoro si algún día se llegará a conocer la veracidad de los hechos que Tutmosis me transmitió, ni si alguien leerá estos papiros en los que dejaré constancia de su relato; pero cierto es que, si los escribo ahora, no es por mi voluntad, sino por cumplir la última de un amigo en su lecho de muerte, y porque ya empiezo a temer la llegada de la mía.

Ésta es su historia.

# PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO I

### El pastor de cabras

Escarbaba la tierra húmeda con una rama. Buscaba un ribete de barro para moldearlo sin ayuda de herramientas, ya que le gustaba sentir su textura en la yema de los dedos. Acababa de producirse la crecida anual del Nilo y, a su paso, había dejado un poso de tierra fértil que alimentaría a Egipto durante varias estaciones, amén de proporcionarle un material precioso para no tener que afanarse en mezclar el agua con la tierra arcillosa. Cuando encontró una veta que le pareció apropiada, introdujo un cuenco, en el que previamente había practicado unos pequeños agujeros, y lo extrajo lleno de lodo que después depositó sobre un lecho formado por hojas de sicómoro. Repitió la misma acción hasta que consideró que tenía cantidad suficiente como para moldear alguna figura que lo entretuviese mientras vigilaba el ir y venir del rebaño. Cubrió la masa con más hojas y la dejó al sol para que perdiese la humedad; en unos días ya tendría la textura adecuada para comenzar el trabajo. A sus doce años, modelar el barro era su única distracción desde que, apenas cumplidos los siete, su padre le ordenó acompañarlo a cuidar de las cabras. Ahora ya lo hacía solo. Su padre había fallecido tiempo atrás, y Tutmosis se había convertido en el único apoyo económico de su madre y de Queb y Puti, sus dos hermanos pequeños.

Con el anuncio del ocaso, agrupó al rebaño y se dirigió hacia la cabaña en la que vivía con su familia, donde lo espe-

raba una cena compuesta de pan ácimo, cebollas y un trozo de queso que apenas le servirían para recuperar las fuerzas.

Al aproximarse a la casa, aún desde la lejanía, vio a su madre en la puerta. Lo esperaba, animándolo con el brazo para que llegase lo antes posible. Aceleró la marcha, inquieto por el motivo de su llamada. Ella nunca lo aguardaba fuera, ni tan siquiera en las ocasiones en que la noche lo había sorprendido durante el camino de regreso.

Aún encerraba al rebaño tras una empalizada, cuando la madre le comunicó la mala noticia: Puti, el menor de sus hermanos, estaba enfermo. Tenía fiebre, hablaba en sueños y no dejaba de estremecerse, y Tutmosis, como responsable de la familia, debía ir a convencer a Imutes, el *sun-nu*, el médico local, para que lo visitase sin más propuesta de pago que algún jarrón de leche de cabra o alguna pieza de queso de las que elaboraba su madre y que los ayudaban a sobrevivir cuando conseguía venderlas en el mercado. Tutmosis aceptaba su pobreza como un signo de la voluntad de Amón, pero le disgustaba todo aquello, incómodo siempre cuando algún desconocido visitaba la humilde casa y veía las condiciones en las que sobrevivían. En esos momentos, su penuria se hacía evidente. Por fortuna, Imutes tenía fama de ser un buen hombre que conocía las necesidades de sus vecinos y aceptaba cualquier donativo que éstos estuviesen dispuestos a entregarle como pago a sus servicios.

Golpeó la puerta del médico con los nudillos y esperó a que alguien abriese, sin obtener ningún resultado. Repitió la llamada, esta vez gritando su nombre, pero nadie le respondió. Inquieto, se puso a dar vueltas ante la puerta. No podía regresar junto a Puti sin antes haber avisado a Imutes, pero tampoco podía esperarlo toda la noche, pues necesitaba descansar para volver al trabajo al día siguiente. Decidió dejar el encargo en la casa de un vecino.

Al día siguiente, se levantó cuando los primeros rayos del sol brillaban en el horizonte. A pesar de que a esa hora ya

debía partir con el rebaño, aquella mañana prefirió aguardar la visita del médico para conocer cuál era el mal que había robado la sonrisa de Puti la noche anterior. Cuando Imutes apareció, encontró a Tutmosis dando forma a una figurilla con forma de gata sentada sobre sus patas traseras; a pesar de faltarle los últimos detalles, era evidente que representaba a la diosa Bastet, la protectora de los hogares.

—¿Qué sucede? —preguntó el médico—. Me han dicho que anoche viniste a buscarme y que parecías muy preocupado.

—Es mi hermano, míralo —contestó el muchacho, señalando con la mano hacia el lugar en el que se encontraba Puti—. Cuando volví con el rebaño ya estaba así; tiene muchos sudores, y cuando le hablamos no nos contesta. Tan sólo susurra y se queja.

Imutes se acercó a la estera sobre la que yacía Puti y, tras comprobar que el enfermo continuaba con las mismas ensañaciones de la víspera, apoyó la palma de la mano sobre su frente al tiempo que le inspeccionaba el pecho y la cara. Después le incorporó la cabeza y lo examinó por detrás de las orejas y el cuello. Le acarició la cabellera y la nuca, y sus dedos encontraron una pequeña hinchazón enrojecida apenas visible bajo el pelo. Sólo entonces pronunció la sentencia que lo acreditaba como un verdadero *sun-nu*:

—Conozco esta enfermedad, y la curaré.

Abrió su zurrón, de donde extrajo una navaja con la que afeitó una pequeña zona de pelo de la nuca, y con la punta de sus dedos presionó con mucho cuidado la hinchazón, observando si salía algún fluido; después, con un bastoncillo con la punta cubierta de algodón, extrajo una gota minúscula. Mientras lo hacía, advirtió la angustia en la cara de Tutmosis.

—No temas nada, muchacho. Su único mal es la fiebre que le ha provocado la picadura de una araña. Habría sido mejor si hubiese podido venir anoche, pero me encontraba atendiendo a una parturienta. Aun así, la dosis de ponzoña que ha penetrado en su cuerpo es muy pequeña y no hay de qué preocuparse.

Acércame un cuenco. Prepararé un unguento que impedirá que el mal avance, y por la noche ya habrá mejorado.

Tomó el recipiente que le ofreció Tutmosis, se retiró a un rincón de la cabaña y se sentó en el suelo, de espaldas al pastor, como intentando ocultar el proceso. Extrajo entonces del zurrón un pequeño mortero, algunas hierbas, un diminuto frasco que contenía leche y algunos higos frescos, que habitualmente eran para su desayuno. A su pesar, no pudo evadir la curiosidad de Tutmosis, que se había acercado para observar sus movimientos.

—¿Qué hierbas son ésas? —preguntó—, nunca las había visto.

Imutes no respondió de inmediato; parecía dudar entre la conveniencia de contestar y la de mantener el secreto de la fórmula, pues aquello sólo se aprendía estudiando durante muchos años en la Casa de la Vida y no todos los aspirantes a entrar en ella lo conseguían. Aun así, satisfacer la curiosidad del niño no contravenía ninguna regla que le habían impuesto durante su aprendizaje.

—Son hierbas medicinales —respondió finalmente, sin abandonar su postura—, y sólo las conocemos quienes hemos estudiado en la Casa de la Vida; algunas son egipcias, otras vienen de muy lejos, y cada una posee un poder curativo diferente, aunque a veces es necesario mezclarlas porque una de ellas únicamente no sería suficiente para sanar depende qué enfermedad, como la que ahora padece tu hermano.

—Y esa leche, ¿es de cabra? —insistió.

—Veo que eres muy curioso, Tutmosis. ¿Acaso te gustaría practicar la medicina? —le sonrió Imutes.

—No, yo debo ser pastor, como lo fue mi padre, como antes lo fue el suyo y como después lo serán mis hermanos; pero, si no fuese pastor, me gustaría ser artesano. Me divierte hacer figuras con el barro y quisiera aprender a tallar la piedra.

Imutes depositó en el cuenco diferentes hojas y las machacó; después, apartó una pequeña cantidad y la mezcló con

la leche. Por último, puso el emplasto sobre la zona dañada del cuello.

–Esta leche no es de cabra –explicó lentamente–. La extraje de las hojas de la higuera y ayudará a cicatrizar la picadura de la araña. Ahora debes calentar agua y poner en ella estas hojas, hasta que hierva. A la hora de comer, dadle solamente higos, a mediodía y por la noche, pero que no beba agua, porque tendría diarreas. Si siente sed, que beba la infusión que habrás preparado con las hierbas, se la calmará y además lo ayudará a dormir.

Tutmosis miraba al *sun-nu* con un gesto en el que se mezclaban la gratitud y la admiración. El médico ya recogía sus pertenencias, y Tutmosis supo que había llegado el momento más desagradable para él, ése en el que debía pagarle por sus servicios y en el que quedaría en evidencia su pobreza. Era consciente de que el *sun-nu* había visto la cortina desgarrada y la alfombra raída sobre la que estaba tendido Puti, pero también sabía que era indispensable recompensarlo por su visita.

–Dime cómo puedo pagarte, Imutes... Debo ser sincero: sólo te puedo ofrecer queso o leche, algo de trigo con el que hacemos el pan, cebollas o un poco de carne seca. Si nada de eso te parece suficiente, puedo darte una de las dos gallinas. Lo que tú me pidas te lo daré con agrado.

Imutes dedicó al niño una sonrisa complaciente y le acarició la cabeza. Tan joven, aún no conocía el valor de lo que le estaba ofreciendo.

–Te agradezco sinceramente cuanto estás dispuesto a entregarme, pero hay algo que puedes ofrecerme y que me contentaría mucho más que todo eso. Cuando he entrado en tu casa, estabas haciendo una figura de barro. Si a ti te parece bien y de verdad quieres complacerme, podrías hacer otra para mí. Me consideraré muy bien recompensado.

En un primer momento, Tutmosis pensó que aquello era una ofensa: el hombre no aceptaba su ofrecimiento al haberse dado cuenta de su pobreza, pero al instante recordó que el

*sun-nu* ejercía su profesión por voluntad de ayudar a los demás, no buscaba enriquecerse con su trabajo. Ésa era la razón por la que era tan apreciado por quienes lo conocían.

–No tiene ningún valor, es sólo barro –protestó, avergonzado.

–No, Tutmosis, esa figura tiene muchísimo más valor que cualquier otra cosa que puedas ofrecerme. ¿Sabes por qué?: porque todo el tiempo que dediques a ella significará para ti el pago a la curación de tu hermano. Y también para mí será muy importante, ya que, desde el momento en el que me la entregues, la diosa Bastet protegerá mi casa.

Mientras Imutes se alejaba de la cabaña, las lágrimas brillaban en los ojos del niño. Se prometió que pondría todo su empeño en ofrecerle la mejor figura de todas cuantas había hecho hasta ese momento.

## CAPÍTULO II

### El compromiso

*Palacio de Malkata, Tebas*

Les gustaba asomarse a la terraza este del gran palacio para observar a sus hijos mientras jugaban. Y el faraón y su visir acostumbraban a hacerlo antes de la hora de la cena. Pero aquella tarde Amenhotep mostraba una expresión lánguida. En los jardines, por debajo, el que había de ser el próximo faraón, sentado a la sombra de un tamarindo, escribía en un papiro, y a su alrededor, los hijos de los cortesanos correteaban en el jardín, junto al estanque que Amenhotep había ordenado construir para su esposa. Sabedor de que el fin de su reinado estaba cerca, el faraón estudiaba el comportamiento de su heredero.

–Pareces triste –le dijo al fin Ay.

–Me preocupa el futuro de Egipto –le respondió con calma.

–¿Y no vas a confiarme la causa de tu pesar?

–Es mi hijo, míralo. Él no era el designado para ceñirse la corona de las Dos Tierras, pero la muerte de su hermano lo ha convertido en el heredero. Y lo que más me preocupa es que él parece ignorar el destino que le aguarda o, lo que es peor, no parece importarle. Me esfuerzo en hacerle ver la importancia de que empiece a interesarse por las armas, pero él las mira como si temiese herirse con su filo. Cuando lo he obligado a acompañarme a la inspección de alguna guarnición militar,

se le nota incómodo entre los soldados. Si lo llevo a una cacería, veo cómo su pecho se encoge cada vez que un león muere abatido por nuestras flechas, y de igual modo reacciona cuando me acompaña a una ceremonia religiosa: parece molesto durante los ritos sagrados, disgustado por los rezos de los sacerdotes. Su actitud es la de un sordo que ignora a quien le habla porque las palabras no llegan a sus oídos. Sólo parece feliz cuando está en sus aposentos, siempre con el pensamiento ausente y sin más compañía que la de los papiros, en los que no cesa de escribir oraciones al dios Atón, el único al que escucha y del que dice que le habla.

—No debes reprochárselo. Todo ello es consecuencia de tu influencia sobre él. Recuerda que tú mismo comenzaste a adorar a Atón, alejándote de Amón.

—Es así, y tú conoces los motivos. El poder de los sacerdotes de Amón era cada vez mayor. Acumularon tierras en las que mantenían a sus propios asalariados; se apropiaban de las ofrendas que el pueblo ofrece al dios para incrementar cada día sus riquezas, y, como bien sabes, alcanzaron tal poder en los *nomos*\* que administran que hasta se permitían intervenir en los asuntos de su gobierno. He llegado incluso a pensar que, si el trono lo hubiese ocupado alguien más débil que yo, esos sacerdotes se habrían convertido en los auténticos soberanos de Egipto. Ésa es la razón por la que consideré que Amón no debía ser tan poderoso. Y por eso hice partícipe al pueblo de la existencia de Atón, para que le dedicase una parte de sus ofrendas. Pero adivino un carácter frágil en Amenofis, y temo que, a mi muerte, los sacerdotes lleguen a manejarlo de acuerdo con sus intereses y sean ellos quienes gobiernen en nuestra tierra.

—En ese caso, debes aleccionarlo, y también sugerirle que se rodee de consejeros de confianza.

\* Nombre con el que los griegos llamaron a las divisiones administrativas de Egipto. (*N. del A.*)

–Por eso es tanto el aprecio que siento por ti, Ay. Tus consejos y los de mi esposa Teye, tu hermana, siempre han sido muy valiosos para mí.

–Entonces, debes pensar en quién puede ser la esposa y consejera más apropiada para compartir el trono. Tratándose del futuro faraón, no debería ser cualquier mujer la que ostentase tal honor.

–Ojalá tal elección fuese sencilla, pero los dos sabemos que no es así –respondió con un gesto de cansancio.

–En efecto. Es privilegio del futuro rey, y tuyo, elegir a la afortunada, y Egipto está lleno de mujeres hermosas. Aunque... la futura reina debería reunir otras muchas cualidades. Algunas más importantes que la belleza.

El faraón miró a su visir. Durante los muchos años que había permanecido a su servicio, Ay siempre había dado muestras de una fidelidad y sabiduría que lo habían convertido, más que en un consejero, en un amigo en quien apoyarse. Sus miradas se cruzaron, y Amenhotep presintió que el visir no había terminado de expresarle sus pensamientos.

–Querido Ay, en más de una ocasión me has demostrado que has sido favorecido por los dioses con el don de prever acontecimientos. ¿Me equivoco si intuyo que ya has pensado en quién podría ser la esposa más apropiada para Amenofis?

Desde que nacieran sus dos hijas, Ay siempre había aspirado a que una de ellas se convirtiese en reina, y la pregunta del faraón le resultó idónea. Aun así, debía responder sin demostrar demasiado su interés.

–He pensado mucho en ello, poderoso toro. La corte está llena de posibles candidatas y, de entre ellas, yo elegiría a alguna de las hijas de aquellos hombres más cercanos a ti. Ainana, la hija del general de tus ejércitos, es una joven muy bella, aunque, ciertamente, no destaca por su facilidad en la conversación. Merimón, hija de Atis, el jefe de tu guardia personal, goza de gran inteligencia, pero, por su carácter huraño, carece de la diplomacia necesaria para hacerse cargo de los asuntos de Esta-

do. Por último, está Nofret, la hija de Nefta, el médico de tu esposa, muy inteligente y gran conversadora, pese a que no destaque precisamente por ser hermosa.

–No parece que ninguna de ellas sea una buena candidata... –Amenhotep sonreía.

El consejero no respondió, tan sólo le devolvió la sonrisa mientras inclinaba la cabeza.

–Ay –dijo el faraón, sabiendo que el visir no había acabado su discurso–, me sirves fielmente desde hace mucho tiempo, gozas de mi confianza y sabes que siempre he valorado tus consejos. Dime sinceramente en quién estás pensando.

El consejero hizo una breve pausa antes de responder. Quería dar tiempo a que el faraón estuviese atento a sus palabras.

–Mi señor –respondió finalmente, tratando a la vez de adivinar la reacción del faraón–, conoces a mis hijas tanto como yo. La menor, Mutnedymet, es una de las cortesanas más cultas de palacio, y su carácter es tan dulce que incluso llega a parecer sumiso. En cuanto a la otra, ¿qué decirte de ella que no sepas? Su inteligencia es superior a la natural en alguien de su edad. Y, en cuanto a su belleza..., se habla de ella hasta en el más remoto rincón de tus tierras. Tampoco olvides que ha vivido en palacio desde el mismo momento de su nacimiento y que siempre ha sido fiel amiga del joven Amenofis, ya que su edad es casi la misma. Viéndolos juntos, parecen más hermanos que amigos, pues siempre han compartido juegos y confidencias. Además, si no estoy mal informado, como faraón conoces sus cualidades como amante, y debo pensar por ello que colmaría de gozo al futuro rey. Creo que estas razones son suficientes para pensar en ella como una buena candidata a ser la esposa de tu querido hijo.

Amenhotep no respondió en el acto. Dirigió su mirada hacia la joven sentada junto al heredero. Reía mientras sus pies salpicaban las tranquilas aguas del estanque para espantar a los patos. El príncipe la miraba divertido, y su mirada reflejaba el afecto que sentía hacia ella.

–Sea como dices, fiel Ay. Cuando la barca de Amón me lleve hacia mi última morada y mi hijo se siente en el trono con las patas del león, a su lado estará tu hija Nefertiti.

\* \* \*

No quiso escucharlas, pero las predicciones de los adivinos el día anterior se estaban cumpliendo. Desde lo alto de un montículo, Tushratta, rey de Mitanni, veía cómo sus ejércitos caían derrotados por el hitita Suppiluliuma. Ante sus ojos, el escenario era aterrador. Los cuerpos muertos y mutilados de sus hombres cubrían el paisaje hasta donde le alcanzaba la vista. Debía ordenar una retirada inmediata. Supo entonces que nunca podría vencer al hitita con sus propios medios. A su lado, su hijo Shattiwaza empezaba a hacerse a la idea de que jamás heredaría el trono que su padre le había prometido.

–Debemos acudir a Egipto para que nos ayude con sus tropas –dijo el joven.

–Sería inútil –respondió Tushratta–. Si Amenhotep no fuese tan viejo, podríamos implorar su auxilio, pero ahora comparte el trono con su hijo, y éste es contrario a la guerra. Debemos buscar un nuevo aliado entre los reinos vecinos para evitar que nuestro pueblo sea aniquilado.

Shattiwaza no parecía compartir la resignación de su padre, pues decidió recordarle los antiguos lazos que existían entre ambos pueblos:

–Egipto es nuestro aliado desde que tu padre envió a tu hermana, Giluhepa, para ser esposa de Amenhotep. Y la alianza se reforzó cuando mi hermana Taduhepa marchó con el mismo propósito. No estabas equivocado. No olvides los cargamentos de oro que te envió el faraón como agradecimiento y que, desde entonces, te llama «hermano». ¿Por qué no repetir la misma estrategia y enviar una esposa para su hijo, dado que aún no se ha casado con ésa a la que llaman Nefertiti?

Era una opción que Tushratta no había considerado, pero su hijo podía tener razón. Los anteriores matrimonios habían sido beneficiosos para Mitanni. Ahora, un nuevo compromiso entre una princesa mitania y Amenofis podría prolongar la paz en el reino. Su enemigo tendría que respetar la renovada alianza.

–¿Piensas en Teryshepa? –preguntó al fin.

–Nadie mejor que mi hermana. Es tan bella como dicen que lo es Nefertiti, pero Teryshepa la aventaja en algo: es hija de rey, mientras que su padre no es más que un consejero real. Además, dicen que Horemheb, el jefe supremo de su ejército, recela de ella por no considerarla idónea para ocupar el trono. Si somos generosos con él, quizá se ponga de nuestro lado y vierta en los oídos del faraón las palabras adecuadas para que sea mi hermana quien se convierta en la esposa del heredero.

\* \* \*

Teryshepa recibió con júbilo la noticia de su partida. Había oído hablar de la corte egipcia: quienes la habían visitado no cesaban de hablar de un lujo, elegancia y refinamiento que nada tenían que ver con Mitanni.

–¿Cuándo he de marchar, padre? –preguntó impaciente.

–Lo antes posible. Llevarás al heredero mis deseos de buena salud y de un largo reinado. También lo informarás de la delicada situación de nuestro reino y le solicitarás que su ejército se una al nuestro para combatir a los hititas.

–Y a cambio ¿qué le ofreces tú? ¿Sólo palabras y buenos deseos? No he visto preparativos de tributos u ofrendas que puedan satisfacerlo.

–Mi ofrenda eres tú. Amenofis aún no se ha desposado, y tú reúnes todas las cualidades para compartir su trono. Aunque debes saber que tendrás una rival en la cortesana Nefertiti.

–Padre, sé también que parto en desventaja. Ella se ha criado al lado del heredero y, según se dice, ya existe un compromiso entre ellos.

–Es un compromiso que puede romperse. Aunque eso dependerá de ti, de tu interés en convertirte en reina.

–¿Quién despreciaría ser la soberana de Egipto?

–Entonces, lucha para conseguirlo. Cuando el matrimonio tiene un objetivo, en este caso un trono, se parece mucho a una guerra; cada contendiente debe sacar el máximo provecho de sus armas.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Teryshepa, un tanto confusa.

–Que los hombres luchamos con espadas, arcos y flechas, pero vosotras no necesitáis derramar sangre para conseguir lo que os proponéis. El arma más poderosa que existe la tenéis las mujeres entre las piernas. –Tushratta sonrió–. Pero hay que saber usarla... Usa la tuya con el faraón, haz que se rinda ante ella.

Teryshepa simplemente asintió, consciente de que, para su padre, que había pasado la mayor parte de su vida en el campo de batalla, una mujer no tenía más valor del que podía conceder a una mula.

–Por último –continuó Tushratta–, también deberás convencer a Horenheb de aunar fuerzas. Él, que vive para la guerra, seguramente no mostrará oposición. Aún menos si le ofreces el mando de los dos ejércitos. Es una tentación a la que no creo que se resista, aunque debe quedarle claro que es absolutamente indispensable que interceda por nosotros ante Amenofis.